

No la quieren ayudar.
Viendo aquesto un Moro viejo
Que solía adivinar,
Subiérase á un alta torre
Para bien la contemplar.
Cuanto mas la mira, hermosa
Mas le crece su pesar;
Suspirando con gran pena,
Aquesto fué á razonar :
— ¡ Oh Valencia ! ¡ Oh Valencia !
¡ Digna de siempre reinar !
Si Dios de ti no se duele
Tu honra se va apocar,
Y con ella las holgazanas
Que nos suelen deleitar :
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar, si pudiesen,
Se querrian ayuntar.
Tus muros tan preminentes,
Que fuertes sobre ella están,
De mucho ser combatidos
Todos los veo temblar .
Las torres que las tus gentes
De lejos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Los solía consolar.
Poco á poco se derriban
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas almenas,
Que lucen como el cristal,
Su lealtad han perdido
Y todo su bel mirar :
Tu rio tan caudaloso,
Tu rio Guadalaviar,
Con las otras aguas tuyas
De madre salido ha :
Tus arroyos cristalinos
Turbios ya siempre vendrán,
Tus fuentes y manantiales
Todos secados se han :
Tus verdes huertas viciosas
Á ninguno gozo dan,
Que la raíz de sus yerbas
Bestias roido las han :
Tus prados de cien mil flores
Olores de sí no dan,
Mustios andan y marchitos,
Sin color ni olor están :
Aquel honrado provecho
De tu playa y de tu mar
En deshonra y daño torna,
¡ Mal te puede aprovechar !
Los montes, campos y tierras
Que tú solías mandar,
El humo de los sus fuegos
Tus ojos cegado han :
Es tan grave tu dolencia
Y tanta tu enfermedad,
Que los hombres desesperan
De salud poderte dar.
¡ Oh Valencia ! ¡ Oh Valencia !
Dios te quiera remediar,
Que muchas veces predije
Lo que agora veo llorar.

La primera ciudad que los Españoles tomaron en aquel reino fué Alhama, sobre cuya ruina se compuso una elegía árabe; que por largo tiempo arrancó lágrimas y excitó el rencor de los Árabes, tanto que se prohibió cantarla, so pena de la vida.

Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada

Desde la puerta de Elvira
Hasta la de Vivarambla.
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Cartas le fueron venidas
De que Alhama era ganada;
Las cartas echó en el fuego,
Y al mensajero matára.
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Descabalga de una mula,
Y en un caballo cabalga;
Por el Zacatin arriba
Subido se había á la Alhambra.
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Como en el Alhambra estuvo,
Al mismo punto maudaba
Que se toquen sus trompetas,
Sus añafles de plata.
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Y que las cajas de guerra
Apriesa toquen al arma,
Porque le oigan sus moriscos
Los de la Vega y Granada.
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Los Moros que el son oyeron
Que al sangriento Marte llama,
Uno á uno y dos á dos
Juntado se ha gran batalla.
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Allí habló un Moro viejo,
De esta manera hablara :
— ¿ Para qué nos llamas, rey,
Para qué es esta llamada ? —
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
— Habéis de saber, amigos,
Una nueva desdichada :
Que cristianos de braveza
Ya nos han ganado Alhama.
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Allí habló un Alfaquí
De barba cruda y cana :
— ¡ Bien se te emplea, buen rey !
¡ Buen rey, bien se te emplara !
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Mataste los Bencerrajes,
Que eran la flor de Granada;
Cogiste los tornadizos
De Córdoba la nombrada (1).
« ¡ Ay de mi Alhama ! »
Por eso mereces, rey,
Una pena muy doblada :
Que te pierdas tú y el reino,
Y aquí se pierda Granada. —
« ¡ Ay de mi Alhama ! »

El siguiente romance alude á lo mismo :

— Moro alcáide, Moro alcáide,
El de la vellida barba,
El rey te manda prender
Por la pérdida de Alhama,
Y cortalte la cabeza
Y ponerla en el Alhambra,
Porque á ti sea castigo
Y otros tiembren en miralla,
Pues perdiste la tenencia
De una ciudad tan preciada. —
El alcáide respondia,
D'esta manera les habla :
— Caballeros y hombres buenos,
Los que regis á Granada,

(1) Abu Abdallah, el rey á que alude este romance, había recibido de Isabel de Castilla tropas auxiliares, y con ellas formó su guardia para librarse de los atentados de sus súbditos.

Decid de mi parte al rey,
Como no le debo nada;
Yo me estaba en Antequera
En bodas de una mi hermana :
¡ Mal fuego quema las bodas
Y quien á ellas me llamára !
El rey me dió su licencia,
Que yo no me la tomára :
Pedila por quince dias,
Diómela por tres semanas.
De haberse Alhama perdido
Á mí me pesa en el alma,
Que si el rey perdió su tierra,
Yo perdí mi honra y fama;
Perdí hijos y mujer,
Las cosas que mas amaba;
Perdí una hija doncella,
Que era la flor de Granada.
El que la tiene cautiva
Marques de Cádiz se llama :
Cien doblas le doy por ella,
No me las estima en nada.
La respuesta que me han dado
Es que mi hija es cristiana,
Y por nombre le habian puesto
Doña María de Alhama;
El nombre que ella tenia
Mora Fátima se llama. —
Diciendo esto el alcáide
Le llevaron á Granada,
Y siendo puesto ante el rey,
La sentencia le fué dada,
Que le corten la cabeza
Y la lleven al Alhambra :
Ejecútose justicia
Así como el rey lo manda.

La llanura está ya libre de Moros; pero los renegados se refugian en las montañas de las Alpujarras. Allí los persigue la venganza nacional, y con ella el romance :

¡ Rio-Verde, Rio-Verde !
¡ Cuánto cuerpo en ti se baña
De Cristianos y de Moros
Muertos por la dura espada !
Y tus ondas cristalinas
De roja sangre se esmaltan,
Que entre Moros y Cristianos
Se trabó muy gran batalla.
Murieron duques y condes,
Grandes señores de salva,
Murió gente de valía
De la nobleza de España.
En ti murió Don Alonso,
Que de Aguilar se llamaba,
El valeroso Urdiales
Con Don Alonso acababa.
Por una ladera arriba
El buen Saavedra marcha :
Natural es de Sevilla,
De la gente mas granada;
Tras de él iba un renegado;
D'esta manera le habla :
— Date, date, Saavedra,
No huigas de la batalla :
Yo te conocí muy bien ;
Gran tiempo estuve en tu casa,
Y en la ciudad de Sevilla
Bien te vide jugar cañas :
Conocí á tu padre y madre
Y á tu mujer Doña Clara.
Siete años fui tu cautivo ;
Malamente me tratabas ;

Y ahora lo serás mio,
Si Mahoma me ayudaba,
Y tambien te trataré
Como tú á mí me tratabas. —
Saavedra que lo oyera,
Al Moro volvió la cara.
Tiróle el Moro una flecha,
Pero nunca le acertaba,
Mas hirióle Saavedra
De una muy cruel lanzada ;
Muerto cayó el renegado,
Sin poder hablar palabra.
Saavedra fué cercado
De mucha mora canalla,
Y al cabo quedó allí muerto
De una muy mala lanzada.
Don Alonso en este tiempo
Bravamente peleaba ;
El caballo le habian muerto,
Y le tiene por muralla ;
Mas cargaron tantos Moros
Que mal le hieren y tratan ;
De la sangre que perdía,
Don Alonso se desmaya :
Al fin, al fin, cayó muerto
Al pié de una peña alta.
Tambien el conde de Ureña,
Mal herido, se escapaba,
Por guiarle un adalid
Que sabe bien las entradas.
Muchos salen con el conde,
Que le siguen las pisadas :
Muerto queda Don Alonso,
Y eterna fama gana la.

Muchas veces el romance se separa de los hechos principales, deteniéndose en algun nombre, ilustre por las proezas del que lo lleva. Tal es aquel de Garcí Pérez de Vargas, que en el sitio de Sevilla se lanzó en medio de un escuadrón de jinetes enemigos, para recobrar la banda que le habia bordado su amante y que se le habia caído al correr. Tambien en el sitio de Granada, Hernán Pérez del Pulgar entró de noche en la ciudad, atravesando el lecho de un torrente, corrió á la gran mezquita, y clavó con el puñal en las puertas un rótulo donde estaba escrito en letras mayúsculas *Ave, Maria*. Pensaba pegar fuego al bazar, pero se habia consumido la antorcha que llevaba su escudero.

En recompensa
... los reyes hicieron
En la iglesia de Granada
Merced del entierro honroso
Que de los Pulgares llaman,
Y que en el coro y oficios
Con capa entrase y espada.

Saliendo del campo histórico, citemos otra canción española :

LA ESPOSA CULPADA.

— Blanca sois, señora mia,
Mas que no el rayo del sol :
¿ Si la dormiré esta noche
Desarmado y sin pavor ?
ue siete años habia, siete

¡ Que no me desarmo, no !
 Mas negras tengo mis carnes
 Que no un tiznado carbon.
 — Dormidla, señor, dormidla,
 Desarmado, sin temor,
 Que el conde es ido á la caza
 A los montes de Leon.
 — Rabia le mate los perros,
 Y águilas el su balcon,
 Y del monte hasta casa
 A él arrastre el moron. —
 Ellos en aquesto estando
 Su marido que llegó :
 — ¿ Qué hacéis, la blanca niña,
 Hija de padre traidor ?
 — Señor, peino mis cabellos,
 Peínolos con gran dolor,
 Que me dejáis á mí sola
 Y á los montes os váis vos.
 — Esas palabras la niña,
 No eran sino traicion :
 ¿ Cuyo es aquel caballo
 Que allá bajo relinchó ?
 — Señor, era de mi padre,
 Y enviolo para vos.
 — ¿ Cuyas son aquellas armas
 Que están en el corredor ?
 — Señor, eran de mi hermano,
 Y hoy vos las envió.
 — ¿ Cuya es aquella lanza
 Que desde aquí la veo yo ?
 — Tomadla, conde, tomadla,
 Matadme con ella vos,
 Que aquesta muerte, buen conde,
 Bien os la merezco yo.

La enérgica dominación de Carlos V y la sombría de Felipe II, las hogueras de la Inquisición, la veneración de los clásicos y las nuevas empresas de América esterilizaron la musa popular; pero hasta hoy no se han olvidado sus cantos, y con frecuencia han excitado el valor contra otros enemigos, contra otros opresores.

En la guerra de 1808 los Españoles repetían aquella estrofa del romancero Bernardo del Carpio :

¿ El Frances ha por ventura
 Esta tierra conquistado ?
 ¿ Victoria sin sangre quiere ?
 ¡ No ! mientras tengamos manos.

Son famosos entre los Españoles los aires conocidos con el nombre de *tiranas*, *seguidillas*, *boleros*, y la *tonada* ó *tonadilla*, canción burlesca ó satírica, que pasa en el teatro á modo de escena. Estos aires forman toda la música de la Península y se acompañan con la guitarra. El *bolero* se baila también, al son de la guitarra y de las castañuelas; lo mismo puede decirse del *fandango*, baile á tres tiempos, en tono menor y sin final marcado.

Á ellos se parecen los aires de la América Meridional; pero no han llegado á nosotros los que sin duda habrán excitado su valor en la reciente guerra de la Independencia, como hace

poco sucedía en España con el salvaje *Trágala*, perro (1).

§ 13. CANTOS VASCOS

La originalísima nación de los Vascos ó Euscaldunas abunda en canciones, algunas de las cuales se han dado á conocer por Labadie en la *Historia de los Vascos*, dirigidas en su mayor parte á la paloma, con cuyo nombre indican la amada de su corazón.

« Avecilla, ¿ adónde vas, suspendida en el aire sobre tus dos alas? Si es á España, considera que la nieve corona aun las alturas. Cuando se derrita, irémos allá juntas.

« Avecilla de hermoso canto, ¿ dónde dejas oír tus gorjeos? Hace mucho que no siento tu melodiosa voz. No hay hora de mi vida en que no te halles presente á mi memoria, etc., etc.

« Un amor cruel se ha apoderado de mí; paso los días distraído, pensativo; las noches en vela. ¿ Considera cuánto padezco! Debes tener un corazón insensible, si no me curas de este mal que me destroza.

« Una hermosa paloma me ha traspasado el corazón: el tuyo es de hielo: el día me parece noche oscura desde que estoy expuesto á tu indiferencia. Una estrella se muestra, que eclipsa á las demás con su vivo resplandor; no sé si hallaré otra semejante en el mundo.

« Si en el firmamento hubiese una estrella igual á la que yo ensalzo, el sol y la luna serían inútiles para alumbrar el universo. »

Entre los Vascos se conserva un canto que recuerda la matanza de Roncesváles, donde pereció Roldan, y que es allí denominado *Altabácar* :

« Un grito surgió en medio de las montañas de los Euscaldunas; el Vasco, en pie delante de su puerta, aplica el oído y dice : ¿ Quién viene? ¿ Qué se quiere de mí? y el perro que dormía á los pies del amo, se levanta, y llena de ladridos los contornos de Altabácar.

« En el collado de Ibaneta resuena un estruendo que se aproxima, rasando á derecha é izquierda las rocas. Es el sordo murmullo de un ejército que llega. Los nuestros han respondido desde las cumbres: soplaron en los cuernos de búfalo, y el Vasco aguza las flechas.

« ¡ Ahí vienen! ¡ Ahí vienen! ¡ Oh! ¡ qué selva de lanzas! ¡ Cuántas banderas de diversos colores flotan en el aire! ¡ Cómo brillan las armas! ¿ Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien. Uno, dos, tres, cuatro... veinte, veintiuno y miles más. Tiempo inútil el que se emplee en contarlos: unamos los nervudos brazos; arranquemos estas rocas, y que caigan desde lo alto

(1) Para los cantos portugueses véanse : Fernando Wolf, *Proben portugiesischer und catalanischer romanzen*. Viena, 1838.

Manuel Mina y Fontanals, *Observaciones sobre la poesía popular, con muestras de romances catalanes inéditos*. Barcelona, 1853.

sobre sus cabezas; matémoslos, aplastémoslos.

« ¿ Qué tenían que hacer en nuestras montañas esos hombres del Norte? ¿ Por qué han venido á turbar nuestra paz? Cuando Dios formó las montañas, fué para que los hombres no las atravesasen (1).

« Pero los peñascos, abandonados á su ímpetu, se precipitan á aplastar las tropas; corre la sangre y se estremecen las carnes. ¡ Oh! ¡ cuántos huesos rotos! ¡ Qué mar de sangre!

« Roldan pone el olifante en la boca, y sopla con todas sus fuerzas. Los montes son muy altos; pero aun más alto es el sonido de la trompa, que se trasmite de eco en eco. Carlos lo oye, y lo oyen sus compañeros. ¡ Ah! dice el rey, *los nuestros están combatiendo*. Mas Ganellon le responde : *Si otro lo dijera, le diría que miente*.

« El infeliz Roldan, con gran fuerza, con gran fatiga, con gran dolor, hace sonar de nuevo el olifante, la sangre le brota por la boca : su cráneo se dilata : sin embargo, el sonido de la trompa retumba á lo lejos. Carlos lo oye otra vez, mientras llega al puerto; lo oye también el duque Naismo, y todos los Francos. « ¡ Oh! dice el rey, oigo la trompeta » de Roldan, el cual no la tocaría si no hubiese » llegado á las manos con el enemigo. » Pero Ganellon repite : « Nada de batalla. Todos cono- » cemos el grande orgullo del conde; estará » echando bravatas delante de sus pares. Ca- » balguemos, pues : ¿ por qué detenemos? La » gran tierra está aun lejos de nosotros. »

« Pero la sangre brota cada vez más en abundancia por los labios de Roldan; el cráneo deja descubiertos los sesos. No obstante, trata de tocar de nuevo la trompeta. Carlos lo oye, y también le oyen sus Francos. « ¡ Ah! esta trom- » peta tiene el sonido prolongado, » dice : y el duque de Naismo añade : « Barones, se me » oprime el corazón; están combatiendo; ¡ lo » juraría por Dios! Retrocedamos; llamad las » banderas; socorramos á los nuestros en el » peligro! »

« Carlos manda que suenen las trompetas, y los Francos bajan y se cubren de hierro. Altos son los picos; densas las tinieblas; profundos los barrancos y rápidos los derrumbaderos. Por detrás y por delante del ejército tocan las trompetas. El rey Carlos conmovido espolea su caballo; la blanca barba le tiembla sobre el pecho. Pero es demasiado tarde. ¡ Huid, huid, vosotros que tenéis aun fuerza y un caballo! ¡ Huye, rey Carlos, con las plumas negras y el manto encarnado! Tu sobrino, tu valiente, tu predilecto muere el polvo allá abajo. De nada le sirve su valor.

« Y ahora, Euscaldunas, dejemos las rocas, bajemos apresuradamente, lanzando flechas á

(1) Chi son essi? alle belle contrade
 Qual ne venne stranjero a far guerra?

MANZONI.

¿ Quiénes son? ¿ Qué extranjero ha venido á hacer la guerra en estas hermosas comarcas?

los fugitivos. ¡ Huyen! ¡ Huyen! ¿ Donde está la selva de sus lanzas? ¿ Dónde las banderas de colores que flotaban en medio? Ya no brillan sus armaduras teñidas de sangre. ¿ Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien; veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete... tres, dos, uno : ¡ uno! Ni uno siquiera. Todo ha concluido, montañeses : podéis volver á vuestras casas con vuestros perros, abrazar á vuestras esposas é hijos, limpiar vuestros dardos, colocarlos con vuestros cuernos de búfalo, y luego acostaros y dormir. Por la noche, los buitres vendrán á comer las carnes pisoteadas y estos huesos blanquearán eternamente. »

La Tour d'Auvergne encontró este canto el 5 de agosto de 1794 en un convento de Fuenterrabía (1) y muchas variaciones de él se conservan tradicionalmente en la montaña. Duhalde reunió las mejores variantes para formar el que acabamos de traducir, y que sin duda se cuenta entre los más insignes pasajes de esta poesía despreciada por los maestros.

Muchos otros cantos en los Pirineos hablan de Carlo Magno; y el baron Taylor, en su reciente obra sobre los Pirineos, cita grandes fragmentos de poemas españoles, cuyo héroe es Roldan.

§ 14. CANTOS FRANCESES.

Puede considerarse á la Francia como el verdadero país de las canciones; allí han seguido el curso de todos los acontecimientos, han sido la contraseña de todos los partidos, la expresión del sentimiento de una porción de pueblo, ora devotas, ora respirando malicia contra los monjes y los priores, generosas y burlescas, enemigas y aduladoras del poder, magnánimas consejeras y viles complacientes. Así, pues, ha tenido razón en decir el poeta :

Fille aimable de Folie
 La chanson naquit parmi nous ;
 Souple et légère elle se plie
 Au ton des sages et des fous.

(1) Alejandro Duval, para su comedia *Guillermo el Conquistador*, hizo en 1803 una canción imitada de esta :

On vont tous ces preux chevaliers?
 L'orgueil et l'espoir de la France?
 C'est pour défendre nos foyers
 Que leur main a repris la lance :
 Mais le plus brave, le plus fort,
 C'est Roland, ce foudre de guerre;
 S'il combat, la faux de la mort
 Suit les corps de sa cimetière.
 Soldats français, chantons Roland,
 L'honneur de la chevalerie,
 Et répétons en combattant
 Ces mots sacrés : Gloire et patrie...
 Combien sont-ils? combien sont-ils?
 C'est le cri du soldat sans gloire.
 Le héros cherche les périls
 Sans le péril qu'est la victoire?
 Ayons tous, o braves amis,
 De Roland l'âme noble et lière;
 Il ne comptait ses ennemis
 Qu'étendus morts sur la poussière, etc

El primer cónsul, creyendo ver en ella alusiones contrarias á él, la prohibió á la segunda representación.